

Panuco, 63 - México

FONDO DE CULTURA ECONOMICA



Juan José Domínguez

de

Versión española

Desde las invasiones al siglo XVI

# HISTORIA DE EUROPA

Antiguo profesor de la Universidad de Gante

HENRI PIRENNE

de la Guerra de ese gran conflicto soberpasas, por otra parte, en mucho, los límites de la Europa occidental. Los dos Estados que se enfrentan eran demasiado influentes para que su lucha se redujese solo a ellos. En reali- dad, se impone a todos los principes, y por las linternas que provoca entre ellos, o por el influjo que ejerce sobre su conducta, adquiere una importancia europea. En una Europa desequilibrada por la desaparición de la prepon- derancia política del Papado, resulta, en cierto modo, un centro de atrac- ción o por lo menos el acontecimiento capital que constituye a la agricul- tura la magnitud de los estrechos hermanados con la exiguidad de los re- sultados obtenidos. En el fondo, ocurre en la lucha de Francia e Inglaterra lo mismo que en la de los papas y los concilios: es un aborto. Despues de tantas sangre derramada, tras de tantas miserias y tantas ruinas, los dos ad- versarios se encuentran, sobre poco o más o menos, igual que en la imita- ción del conflicto, aunque la Guerra de los Cien Años no haya sido más que una calamidad formidabla y estéril. Y es demasiado fácil comprenderime- traban los reyes de Inglaterra para conquistar la corona de Francia se dirige diariamente que no podían ser otra cosa. La imposibilitad en que se encon- traba en los reyes de Inglaterra para conquistar la corona de Francia se dirige con la claridad de la evidencia. Y, sin embargo, ese fue el fin que se pro-

Deseo fines del siglo xix, Francia ya no ejercía esa hegemonía de que gozó sin disputa desde Felipe Augusto a Felipe el Hermoso. Para que hubiera sido en posesión de aquell señorío de Europa, habría sido necesario que su civilización continuase progresando y que se hubiera mantenido su poder político. Pero la primera se detiene y el segundo declina. Ni el arte, ni la literatura, ni la ciencia, sea cualquiera el interés que ofrecen todavía, no traen ya ninguna novedad esencial. En cuanto a la fuerza y a la prosperidad de la nación, una y otras están comprometidas en la formidable crisis

I. HASTA LA MUERTE DE EDUARDO III (1377)

CAPÍTULO II

pulsión. Aparte de esto, ningún motivo urgente les impulsa a la guerra. Sobre todo, ningún motivo impulsa a su pueblo inglés. Porque Francia no nació en marítima, ni incluso estorbaba a Inglaterra. Ninguna de las dos era aún una amenaza, ni su mercaderes no rivalizaban en ninguna parte, como lo hicieron en el continente a los reyes de Inglaterra, no ofrecía para su pueblo venecianos en los pueblos de Levante. La Guyana, que continuaba perteneciendo a los pueblos de Levante. La Guyana, que continuaba perteneciendo a los pueblos de Inglaterra, o como, desde el siglo xii, rivalizaron los gitanos más tarde, o como, desde el siglo xiii, rivalizaron los genoveses y los harian más tarde, o como, desde el siglo xiv, rivalizaron los genoveses y los venecianos en los pueblos de Inglaterra, no ofrecía para su pueblo más importancia que la que debía ofrecer en el siglo xvii el reino de Hanover. Se comprendía, sin embargo, que Francia hubiera atacado a Inglaterra para reconquistar esta provincia, último trono de las posesiones anglaterre, sino Inglaterra, la que provoca la consolidación. El pretexto no es Francia, sino Inglaterra, la que provoca la consolidación. El pretexto que constitúa un obstáculo para la unidad del reino. Pero se ve por ninguna parte el interés nacional de Inglaterra en tal asunto. La alianza de Francia con Escocia no explica mejor el origen de la guerra que la evidente que complica tanto el conflicto. En efecto, resulta hasta evidente que Escocia no es enemiga de Inglaterra en una guerra con Francia, se habrá esta conquista infinitamente más difícil, e incluso imposible. En una guerra, desde calidad menor la que se merece, la guerra de los Cíen Años parece como una guerra inútil, en el sentido de que no la provoca ninguna necesidad vital. Verdad es que no ver en ella más que una guerra "de honor". Y esto es justamente lo que explica la pasión con que el pueblo inglés se prende a sus reyes.

esta empeñado y se confundió con el del monarca. El Parlamento no hizo nada, sin duda, para inducir al rey a la guerra contra Francia. Eduardo parecía incluido haber estado tan poco engaño en un principio de su actitud, que comenzó por pedir prestado a unos bandúrgos florines de dinero que cesaría para sus preparativos. Pero su bancarrota en 1339 le obligó a diri- girse en lo sucesivo, y hasta el fin, a su fiel Parlamento. De este modo su pleito se convirtió en el de su pueblo. Inglaterra sentía comprometido su honor en la guerra de su rey, y esta se encarnizó por el sentimiento del orgullo nacional, el más poderoso de todos los sentimientos. Al emprender esta guerra, nadie hubiera podido creer, naturalmente, adonde los conduciría. Los ingleses no esperaban seguramente encontrar en Francia un amor propio y unas pasiones nacionales idénticas a las suyas. Habiendo desencantado una lucha que no admittía transacciones, puestó que iba nada menos que a otegar al rey la corona de Francia, tenían que ir hasta el fin, y no depender, por último, las armas más que cuando el agotamiento las hiciera

• El tributo no es propiamente un impuesto, sino un derecho permanente.

La situación es caótica. Las órdenes de que se componen los Estados generales no llegan a un acuerdo. El Estado llano, que se apoya en las ciudades y que es el que tiene el dinero, quiere introducir unas reformas que la realza no acepta. Los principios ratan de aprovecharse de las circunstancias, pero que no dejen de ser permanentes.

importante, el Parlamento de París, un tribunal de justicia. Y el sentido ministro popular, que conserva la imagen de San Luis administrando justicia bajo los robes de Vincennes, está aquí perfectamente de acuerdo con la idea. Felipe el Hermoso llegó hasta el fin de este conflicto y su conflicto final. Papá no es, en el fondo, más que una querella sobre la soberanía ju-

resueltan las ambiciones políticas de los partidos  
tancias para recuperar su perdida influencia. Las luchas de los partidos  
prepara un encuentro entre los burgueses y los armagnacs. Salvo el rei-  
nado preparador de Carlos V, pude decirse que, desde los Estados generales  
de 1355 hasta el reinado de Luis IX, Francia estuvo abocada a una doble  
guerra interna: del tercero estadio contra el rey y de los principios contra  
la corona; teniendo en el fondo por causa, todo ello, la crisis fiscal hecha  
necesaria para la constitución del reino, crisis de confianza, si así puede de-  
cirse, indispensable para elevar al Estado desde la concepción de los Capetos  
(1314-1316), Felipe V (1316-1322), Carlos IV (1322-1328), aprovechán, sin lo-  
quienes, por no tener hijos varones, suceden uno tras otro a su padre: Luis X  
las cosas fusionan a Ilégar hasta ese punto. Los tres hijos de Felipe el Hermoso,  
Durante los años que precedieron a la gran guerra, nada indicaba que  
guerra exterior, parece que está a punto de zozobrar.

a un concepto más completo y en el cual, y en medio de los desastres de la  
guerra, se prolonga aún algunos años más, para terminar, al fin, bajo Felipe V, en el  
caso con Isabel, la hermana de los tres reyes. Solo la guerra de Flandes  
Eduardo II, de acuerdo con las estipulaciones del tratado de Montroué, se  
de consideraciones a la corona; se está en paz con Inglaterra, cuyo rey,  
novo problema. El Padre, establecido en Aviñón, se muere ya la  
(1314-1316), Felipe V (1316-1322), Carlos IV (1322-1328), aprovechán, sin lo-  
quieras, por no tener hijos varones, suceden uno tras otro a su padre: Luis X  
las cosas fusionan a Ilégar hasta ese punto. Los tres hijos de Felipe el Hermoso,  
Por lo tanto, al morir Carlos IV, el reino disfunda de una profunda  
maternidad, en la familia real.

chies, haciendo que el heredero del condado, Luis de Nevers, entre, por su  
tratado de París (1320), quecede al reino las castellanías de Lille, Douai y Or-  
se prolonga aún algunos años más, para terminar, al fin, bajo Felipe V, en el  
caso con Isabel, la hermana de los tres reyes. Solo la guerra de Flandes  
Eduardo II, de acuerdo con las estipulaciones del tratado de Montroué, se  
de consideraciones a la corona; se está en paz con Inglaterra, cuyo rey,  
novo problema. El Padre, establecido en Aviñón, se muere ya la  
guerra distinguirse, la situación que aquél les transmite. No se plantea ningún  
(1314-1316), Felipe V (1316-1322), Carlos IV (1322-1328), aprovechán, sin lo-  
quieras, por no tener hijos varones, suceden uno tras otro a su padre: Luis X  
las cosas fusionan a Ilégar hasta ese punto. Los tres hijos de Felipe el Hermoso,  
Durante los años que precedieron a la gran guerra, nada indicaba que  
guerra exterior, parece que está a punto de zozobrar.

Su reinaado se inició bajo felices auspicios. Contando al llamamiento  
del conde de Flandes, que pedía auxilio contra la gran sublevación de los  
refugiados y de campesinos del Flandes marítimo, que desde 1325  
hasta unido sus esfuerzos, estos contra la nobleza, aquéllos contra los pa-  
refugiados y de campesinos del Flandes marítimo, que desde 1325  
hasta unido sus esfuerzos, estos contra la nobleza, aquéllos contra los pa-

tricos, el rey ganaba en Cassel, el 23 de agosto de 1328, una victoria que puso fin a la revuelta. Al año siguiente, Eduardo III prestaba ante él un juramento del vasallaje por la Guyaña. La probabilidad de una guerra tan poco verosímil, que el rey preparaba, de acuerdo con el Papa, una Cruzada, o, mejor dicho, una expedición francesa al Oriente, que debía zarpar en



La reyna no impidió que Eduardo III fuese a Bretaña en ayuda de la condesa de Montfort, que disputaba el ducado a Carlos de Blois, sostenido por Francia, y que emiría al conde de Drebi para que invadiese Gasconía. En 1346, desembocaba de improviso en Normandía. Aquí se inició un combate completo. Una nueva tracica, apoyada en la acción de los arqueros franceses, desmembraba al conde de Drebi para que invadiese Gasconía. La reyna no impidió que Eduardo III fuese a Bretaña en ayuda de la condesa de Montfort, que emiría al conde de Drebi para que invadiese Gasconía.

De esa suerte, y a despecho del concierto de Flandes, el plan de ataque y condujo a la Tregua de Bruselas, prolongada durante los siguientes años. Tornaría (22 de julio a 22 de septiembre), situó que, por otra parte, fracasó de los príncipes, a quienes encardecía este esplendido triunfo, puso situado a La Escusa; después, en compañía de las milicias flamencas y con la ayuda de 1340, su flota conseguía una brillante victoria sobre la flota francesa ante haca indispensables y que la situación motivó a concederle. El 23 de junio a Inglaterra para solicitar del Parlamento los subsidios que su bancarrota iban, por último, a adquirir la importancia soñada por Eduardo. Fue co-negociar una paz de la que solo se hablaba para ganar tiempo, las operaciones menores que los cardenales enviados por Aviñón trataban inutilmente de largo de la frontera de Francia, entre escaramuzas e incendios de aldeas, solida base en el norte. Hasta entonces, la guerra se había arrastrado a lo tica se subordinaba a las consideraciones económicas, anticipándose a otros países eminentemente industrial, y donde dominaba la burguesía, la poli-

Este desastre inició inmediatamente en Francia la primera de las crisis con las que tuvo que luchar la realeza hasta mediados del siglo XV. Los Estados generales de 1355, en los que dominaba la influencia de la burguesía, dirigida por el presidente de los corregidores de París, Etienne Marcel, solo transigieron con los impuestos solicitados por el rey a cambio de una amplia participación en el gobierno. Estipularon que ellos mismos percibirían a su derredor a reunirse en lo futuro y redamaron garantías en lo referente administrativa los nuevos impuestos, y recordaron que en la adquisición de un Estado se sentía estimulada por Carlos el Malo, rey de Navarra, una oposición que su mala suerte hacía irre sistible. Esta se mostró tanto más ambiciosa sin escrupulos y siempre dispuesta a embrollar la situación, y una cuantía que se sentía habida por seguro. De este modo, la realeza francesa se vio de improviso, a medida del siglo XIV, obligada a combatir con aquella burguesía que arañaba a combati r el feudalismo y a conseguir la unidad del reino. Indiscutible desde hacía un siglo, el poder monárquico se ve intimado a compartirlo con la nación. Despues de batalla de Poitiers, Francia ofrecía el mismo aspecto que ofreciera Inglaterra cien años antes, despues de la batalla de Bataille de Cravant. Despues de la batalla de Poitiers, Francia ofrecía el mismo aspecto que ofreciera Inglaterra cien años antes, despues de la batalla de Bataille de Cravant.

Kunrambos belligerantes habían aprobado la regla para preparar una acción decisiva. Gracias a los subsidios del Partamento, los ingleses re-unieron tres ejércitos: uno, en Guyana; otro, en Bremería, y el tercero, en Normandía. El nuevo rey de Francia, Juan II el Bueno<sup>2</sup> (1360-1364), se había decidido a convocar los Estados generales, que le proporcionaron los medios para equipar 30,000 hombres, que le proporcionaron los tipos Negri, que asolaba Guyana. La batalla que le dio en Maupertruis, cerca de Poitiers, el 19 de septiembre de 1356, acabó en una catástrofe más ruindosa aún que la de Cracy. El propio Juan fue hecho prisionero y enviado a Inglaterra.

para situar Gales, que tiene tomado al caballo de once meses, y que ya no vol-  
verá a pertenecer a Francia hasta 1558. Algunas semanas después de Crecy,  
David Bruce, que había vuelto a Escocia, fue derrotado y hecho prisionero  
en Nevills Cross (17 de octubre). Los ingleses triunfaron en todas partes.  
Pero en los dos bandos se manifestaba igualmente la indecisión.  
Por mediación del Papa se acordó una tregua en septiembre de 1347, trégua  
que se prolongó durante el siglo siguiente año, a consecuencia de la peste negra,  
y que, renovándose una y otra vez, perduró hasta 1355.





Apóquela sacudida volvió a llevar a la nobleza juntó al Delfín y rompió  
los endebles lazos que, aquél y acullá, unían a algunos de sus miembros con  
el partido burgués de las refacciones. Los enemigos de Marcial se envalenton-  
aron. Se ramó una asamblea contra él y fue sesionado el 31 de julio de  
1358, como quince años Jacobo van Artevelde, con el cual ofreció,  
su política, un sorprendente parecido. Su muerte no puso fin a la asamblea  
de los Estados generales. El Delfín no podía prescindir de su concierto en el  
grado de agotamiento económico en que se encontraba. Eduardo III, en  
1359-1360, acababa de situar Reims y avanzaaba sin resistencia hasta  
Borgoña. Era indispensable obtener la paz. Fue firmada en Bretigny (cerca  
de Chartres), el día 9 de mayo de 1360. Eduardo recibía la Gascuña, la  
Guyena, el Poitou, Chalais y el condado de Guines con plena soberanía, y  
más de tres millones de oro, a cambio de la renuncia de sus pretensiones  
sobre el resto de Francia. Inglaterra se convirtió, pues, con determinado  
francisco, en una potencia continental. Volvió a encontrar una situación que  
recordaba extraordinariamente la época de los primeros Plantagenets. La  
extensión del reino retrocedía al punto en que aquél se encontraba, sobre  
todo más o menos, a principios del reinado de Felipe Augusto.

Esta simple comprobación basa para demostrar que los resultados de la  
Paz de Bretigny eran insostenibles. El Estado francés no era, como los pose-  
siones territoriales de las casas de Baviera, de Luxemburgo y de Austria, una  
simple juxtaposición de países y de pueblos, que las combinaciones dimis-  
ticas reunían tan fácilmente como deshacían. Descansaba tan sólidamente  
sobre la unidad geográfica como sobre la de la nacionalidad y la de los inte-  
reses. Salvada por los reyes del tracicionamiento feudal desde que la consti-  
tución económica agraria en que esté se fundaba había desaparecido, se agu-  
ró, de reinaugurado en reinaugurado, alrededor de ellos y la acción real fue tan protra-  
y tan fecunda solo porque respondía perfectamente a la naturaleza de las  
cosas. Las anexiones que habría sido preciso consentir a Eduardo III no cons-

go de sus murallas, arrastró el movimiento sin tomar parte en él, reservan-  
dose, indudablemente, para aprovecharse de él si triunfaría. Pero, ¿cómo hu-  
biera podido triunfar? Los recios caballeros que habían conseguido derribar  
a los arqueros ingleses, derrubaron buena cuenta de esos "villanos, negros, pe-  
queños y mal armados" (Froissart, V, 105), que asesimaban a sus hijos, viola-  
ban a sus mujeres e incendiaban sus mansiones. La desproporción era la  
misma que existe entre los huleguistas y las tropas regulares. Despues de  
los primeros momentos de confusión, la nobleza empleó a actuar, y aquello  
fue una maravilla. Los "jacobos", diezmados, volvieron a sus aldeas conven-  
cidos de su importancia. Ya no habría más sublevaciones rurales en Fran-

Cartas V se sentía abor��a bastante fuerte para atacar a Inglaterra frené-  
a frenete. Una revuelta de la Guyana contra el Principio Negro le sirvió de pre-  
texto para denunciar la Paz de Bretaña. Los Estados generales se apresuraron  
a conceder los subsidios necesarios y la guerra, energicamente conducida por  
Duguesclin, cuando en una serie ininterrumpida de triunfos. En 1372 la  
flota de Castilla derrotaba a la de Inglaterra ante la Rochelle. En tierra, los  
ingleses no conservaron apenas más que Galas, Burdeos y Bayona, cuando  
Eduardo III murió en 1377, dos años después que el Principio Negro, deján-

sigle que Inglaterra pudiese conservar sus nuevas provincias francesas, como que Francia hubiera podido apropiarse del condado de Kent. La Paz de Bretaña no era, evidentemente, más que una tregua. ¿Qué esperanza podía haber de que Francia admitiese como duradera una situación que constitula para ella una humillación y una amenaza permanente? Y cómo Inglaterra podría conservar, a despecho del deseo de las poblaciones, conquistas tan ex-

El remedio de Ricardo II se hizo celebrar por la gran sublevación rural de 1381. La causa esencial de ella, como en "la Jacquerie", fue la miseria de la población campesina, cuyos sufrimientos no atrajeron más la atención del Parlamento que aquella la de los Estados generales. ¿Cómo hubieran podido ocurrir de ella las asambleas políticas, si se hablaba fueran de clases privilegiadas, que eran las únicas que tenían allí representantes? Es en relación con el lo que debía ser al comienzo del siglo xix el proletariado industrial para los gobernados censurados: la masa sin derechos en la que descendían a la sociedad que se ocupaba más que cuando sus movimientos sacuden a la sociedad que se apoya en ella. Como en todos los demás, la situación de los campesinos ingleses habría mejorado considerablemente en el siglo xix. Pero durante la primera mitad del xix el progreso se había detenido a consecuencia de los motivos generales que ya hemos estudiado. El encarecimiento de la vida y el alza de los salarios, provocados por las devastaciones de la peste negra, indujeron a la nobleza a solicitar del Parlamento, en 1350, una ley reduciendo el salario de los obreros agrícolas al que distaba en 1347 (*Institute of labourers*). Envueltoanda por este éxito, se dedicó desde entonces a establecer antiguos derechos dominiales, a exigir prestaciones vecinales ya caídas en desuso y a conducir de nuevo a los campesinos a la servidumbre de la gleba. Si se añade a esto el peso creciente de los impuestos, se comprendrá en seguida que fermeños de odio se desatollarían en las almas. La agitación religiosa desencadenada por Ricardo uno y otro, socavando al respecto a la autoridad real religiosa, las condignidades y la moral social que la Iglesia tradiciona subversiva contra el orden social que padecían y que la Iglesia tradicional les habría enseñado a respetar. Por esto las revueltas inglesas de 1381 provocaron a sueldo, sociando al respecto a la autoridad real religiosa, las condiciones que la Iglesia tradicional les habría enseñado a respetar.

Las dos regencias que, bajo estos ojos memoriosos, se inaugurarán casi al mismo tiempo en Inglaterra y en Francia, fueron igualmente tempestuosas. Aquí y allá, por diferentes que sean los acontecimientos, están movidos por los mismos resortes; el descontento del pueblo, provocado por la soberanía de los impuestos de guerra, y la ambición de los principes reales encargados de

( 1 4 3 2 )

### III. EL PERÍODO BURGUINÓN

tarde, legaba el rono de Francia.

do el reino al hijo de este, Ricardo II, un niño de nueve años. Fue a otro miño, Carlos VI, a quien la muerte de Carlos V, acontecida tres años más

guisición y prohibió la traducción de la Biblia en lengua vulgar.  
Llores "espirituales", rompió abiertamente con los luteranos, introdujo la litu-  
rano, esperaba garantías, que se apresuró a concederle. Para atacarle a los  
de Orange al suceder a Jacobo II en 1689. El Parlamento, al que debía el  
El nuevo rey se encontraba en una situación parecida a la de Guillermo  
Emitido de Lan caster (1399-1413).

la corona y se la concedió, aunque no fuese el más próximo heredero, a  
segundas vez del derroche que se había arrojado bajo Eduardo II, le privó de  
bezaz, nadie se levantó para defenderte. En 1399, el Parlamento, usando por  
Emitido, nadie se levantó para defenderle, tras la muerte de su padre, llamó contra él a los  
todavía convulsas a consecuencia de la sublevación. Sin embargo, cuando  
ser que pensó vagamente en apoyarse en los luteranos y en las masas populares  
esa triple fuerza constituida por la nobleza, el clero y la burguesía. Parece  
resultado. Como hubiera podido el rey triunfar del Parlamento, orgulloso de  
el poder personal de la corona, ese nuevo intento no conseguiría mayor  
tativas fracasadas de Emitido III y de Eduardo II para restaurar en Inglaterra  
no tener que convocar en lo sucesivo la temible asamblea. Mas como las ten-  
Parlamento un impuesto permanente, del que se apresuró a aproveccharse para  
consiguió que se acusase a Gloucester de alta traición; consiguió también del  
tecnica. El rey se alió con su otro tío, Juan de Lancaster, para combatiло, y  
nados a muerte (1384). Su tío Tomás de Gloucester había dirigido la resis-  
do III. Esto solo le condujo a la humillación de ver a sus consejeros conde-  
autoridad creciente adquirida por el Parlamento en el reinado de Eduar-  
contra el gobernante del rey. Ricardo, al terminar su tutela, quiso estudiar la  
de veinte años más. Estos reversos aumentaron el descontento de la nación  
que resiguió a aceptar en 1388 una regencia, renovada en 1396 por espaciado  
el mandado del obispo de Norwich (1383), fracasaba lastimosamente. Hubo  
batalla de Roosbeke, y, al año siguiente, la expedición contra Ypres, bajo  
mente descalabros. Inglaterra dejó que los gremios fueran aplastados en la  
Mientras tanto, la guerra contra Francia seguió proporcionando única-  
una matanza, y, lo mismo que aquella, no volvió a repetirse.

Perdieron los campesinos no podían resistir frente a aquella sendarrimera  
acorzada que era la nobleza. Como "la jacquerie", su sublevación acabó en  
a tanta gente con la apasionada esperanza de un comunismo ingenuo.  
No tienen solo como jefes a unos jorneros, como Wat Taylor, sino también  
sacerdotes pobres, como Juan Ball, cuyas predicaciones luteranas inflamaron  
iglesia y de una sociedad igualmente corrumpidas por el amor a la riqueza.  
seña se añade, para espolerlos, el sentimiento de que son víctimas de una  
su miseria, aquellas son tanto más temibles puesto que al agujón de la mi-  
diferen de los "jacques" de Francia en 1357. Estas obedecen únicamente a

El nuevo rey se encontraba en una situación parecida a la de Guillermo II de Inglaterra (1399-1413). La corona y se la concedió, aunque no fuese el más próximo heredero, a su sobrino vez del heredero que se había arrojado bajo Eduardo II, le privó de todos, esperaba garantías, que se apresuró a concederle. Para atreverse a los tronos, de Orange al suceder a Jacobo II en 1689. El Parlamento, al que debía el

reino, nació para defenderse. En 1399, el Parlamento, usando por fuerza convulsas a consecuencia de los ladrillos y en las masas populares ser que pensó vagamente en apoyarse en los ladrillos y la sublevación. Sin embargo, cuando esa triple fuerza constituida por la nobleza, el clero y la burguesía, pareció resultado. Como hubiera podido el rey triunfar del Parlamento, organismo de poder personal de la corona, este nuevo intento no conseguira mayor éxito. Pero convocar en lo sucesivo la temible asamblea. Mas como las tensiones entre que no tuvieron resultado permanente, del que se apresuró a aproveccharse para Parlamento un impuesto permanente, causando también daño a la nobleza. El rey se alió con su otro tío, Juan de Lancastre, para combatiло, y nadie a muerte (1384). Su tío Tomás de Lancastre habría dirigido la resistencia. Esto solo le condujo a la humillación de ver a sus consejeros condenados a muerte. Esto creó una situación en el Parlamento en la que el rey Eduardo IV autoridad creciente adquirida por el Parlamento en la nobleza, que resiguió aceptar en 1388 una tregua, renovada en 1396 por espacio de veinte años más. Estos revéses aumentaron el descontento de la nobleza que resiguió a escuchar en 1399 por espacio de Norwiche (1383), trasasaba lastimosamente. Hubo el mandato del obispo de Norwiche, al año siguiente, la expediición contra York, basada en la batalla de Roosbecke, y, al año siguiente, la expediición contra York, basado en la mente descalabros. Inglaterra dejó que los gantenes fueran aplastados en la mitad de Francia, y, lo mismo que aquella, no volvió a repetirse.

Pero los campesinos no podían resistir frente a aquella guerra mundial generadora de una matanza, y, al mismo que aquella, no volvió a repetirse. A tanto gente con la apariencia esperanzada de un comunismo ingenuo. No tienen solo como jefes a unos jorobados, como Wat Tyler, sino también sacerdotes pobres, como Juan Ball, cuyas predicaciones ladradas inflamaron iglesia y de una sociedad igualmente corrompida por el amor a la riqueza. Sería se ahade, para espoliarlos, el sentimiento de que son víctimas de una su miseria, aquellas son tanto más temibles puestos que al agujón de la miseria de los "Jacques" de Francia en 1357. Estas obedecen únicamente a diferencias de los "Jacques" de Francia en 1357. Estas obedecen únicamente a

Dese de la peste negra, el encarcamiento de la vida, que no fue com-  
pensado por el alza de los salarios, sostuvo entre la población industrial  
de las ciudades una agitación hasta peligrosa. Los tejedores, el núcleo más  
numeroso, mejor organizado y más audaz de los obreros textiles, tomaron  
en todas partes una actitud amenazadora y se presentaban como defensores  
de los pobres contra los ricos. El antagonismo social iba creciendo de año  
en año, estimulado aún por ese misticismo comunista cuyos adictos se redu-  
ían en gran número entre el proletariado. En 1979, los tejedores de  
Gante consiguieron hacerse con el poder, y, en seguida, sus camaradas  
de Brujas y de Ypres los imitaron. En ese Flandes, donde la gran industria  
dominaba desde hacía largo tiempo la vida urbana y reducía a la mayor  
parte de los trabajadores a la condición de asalariados, el conflicto econó-  
mico latente entre los patronos y los obreros estalló en una verdadera lucha  
de clases. Era algo más que derechos políticos lo que exigían los revolucionarios.  
?Qué era, pues? Ni ellos mismos sabían bien lo que podían decirlo exactamente,  
porque consistía en ese estado indescriptible hacia el cual tienden a la vez  
los más bajos apetitos y el más puro amor a la justicia, y cuya idea unas  
veces consuela y otras exaspera a los desgraciados. Su victoria en las res-  
mercadeleras, emprendidas, compresas, arrancadas, artísmos entiúedicas, todos defendían  
agrupar alrededor del conde a todos aquello, "que tienen algo que perder";  
grandes ciudades tuvo como inmediato efecto el reunir contra ellos y el  
resto de la población de sus enemigos. Pero los de Gante prosiguieron indermables  
a la coalición de sus enemigos. Los tejedores de Brujas y de Ypres no pudieron hacer frente  
a menaza, sus bienes contra la revolución que los

Unas guerras con Escocia y con el País de Gales, que se habían suscitado, de impiéndieron satisfacer las aspiraciones belicosas de la nobleza y romper la tiranía establecida con Francia. Debido a estar reservado a su hijo Enrique V reanudar esta lucha estéril, consiguiendo numerosas victorias tan brillantes y efímeras en sus resultados como lo fueron las de Grecia y Políclitos. Mientras que Ricardo II, Enrique IV y Enrique VI se sucedían en el trono de Inglaterra, la larga regencia —impuesta primero por la minoridad y poco después por la locura de Carlos VI (1380-1422) — a que estuvo condenada Francia durante su reinado, abría de nuevo para ese país la era de las agitaciones y de las competencias que Carlos V había interrumpido sin suavidad, se consagraron especialmente a explotar el poder en provecho de su interés personal. Luis de Anjou, a quien la reina Juana de Nápoles acaba de nombrar heredero, se dispone a preparar una expedición hacia Italia; Felipe de Borgoña volvió a ansiosamente sus ojos hacia Flandes, su patria

Su ciudad, rodeada por la caballería de Luis de Male, que no se atrevió a asaltárla, atrajo desde muy lejos la pasión de la atención de todos aquellos que sufrieron bajo el gobernado de los ricos y de los poderosos. Los oficios de Lieja le envían vivieres; siguiendo su ejemplo, Malinas se subleva, mientras en Francia el pueblo de París y de Rouen se levantan al grito de "Viva Gante". Desde la heroica ciudad se extiende un verdadero contagio. Aun famélica, no piensa en la rendición. Felipe van Artevelde, puestor por ella a la cabeza del movimiento, la arrasta en un supremo esfuerzo que junta a los muros de Bruselas una batalla decisiva al ejército de Luis de Male, al cual, y contra todos los vaticinios, desmorona totalmente. De nuevo Gante es la dueña de Flandes, y una vez más, en todos lados, los señores

cos al Norte, las luchas de raza que, en el oriente de Europa entenían, con toda la brutalidad del instinto, a los eslavos y a los alemanes. También los enclaves dinásticos que, en el transcurso del siglo XIX, se habían realizado entre distintos territorios en un principio independiente, seguían siendo dividaderos. Desde 1826, la unión de los ducados de Brabante y de Limburgo, ya desde 1250, la de los condados de Holanda, de Flandes y de Zelanda, constituyó el preludio de un movimiento de unificación que proseguiría en sucesivo. La extinción de las pequeñas dinastías locales acabaría justamente de hacer herederas de estos territorios, en el momento en que Felipe el Hermoso sucedió a Leopoldo II en 1865. La victoria de Bélgica sobre Prusia en 1868, la derrota de Francia en 1870 y la victoria de Bélgica sobre Francia en 1871, establecieron definitivamente la independencia belga. La victoria de Bélgica sobre Francia en 1870, la victoria de Bélgica sobre Francia en 1871, establecieron definitivamente la independencia belga.

La derrota de los gantenes en Roosbeke habría decidido, en 1382, la suerte de la insurrección de París. Volviendo vitorioso a su capital, el rey habría como amo, suprimido las frangüicias de la ciudad y puesto fin a aquella era de reformas y de convocatorias de los Estados generales que habían comido con Esteban Marcel. La oposición, venida, se sentía aún más exasperada. No le faltaba más que un jefe para alzarse de nuevo en armas. Viniendo Juan sin Miledo levantarse contra él, bajo la dirección del conde de Aragón, a los partidarios del duque de Orléans, unió su causa a la de la magnate, a los partidarios del duque de Bretaña, que de la democracia urbana. Se erigió en defensor del pueblo contra la explotación de los nobles y de la corona, adoptó actitudes demagógicas, y el grito de "Viva Borgoña!", remplazó en París al de "Viva Gante", que había resonado hasta veinticinco años. De esta suerte, la política dinástica que en los Países Bajos hizo del duque el enemigo de los artesanos liejenses, le ponía en Francia a la cabeza de los artesanos de París, hacía que apoyara todos sus reclamaciones y que marchara al lado del sanguinario Caboche, constituyendo en que sus secciones desataran a los Armagnacs. Cuando los Estados generales, que no se habían reunido hacia treinta años, fueron convocados en 1413, sostuvieron allí todas las reformas exigidas por los "cabochianos".



demasiado lejos de los Países Bajos, donde su política se hacía más activa que nunca. Por otra parte, entre Bélgica y su hermano Glosseter, regente de Inglaterra, sólo a costa de grandes esfuerzos se podía mantener la armada inglesa. Por suerte, entre Bélgica y su hermano Glosseter, regente de Inglaterra, sólo a costa de grandes esfuerzos se podía mantener la armada inglesa. Por suerte, entre Bélgica y su hermano Glosseter, regente de Inglaterra, sólo a costa de grandes esfuerzos se podía mantener la armada inglesa.

La guerra de los Cien Años

331

que el contraste que presentaba con el de los Armagnacs de la corte, su realismo popular debió contribuir por modo extraordinario a darle esa enorme influencia que ejerció sobre los soldados de Carlos VII; un Hijo de un Duinois. Por lo que se refiere a la nación, tan desleída como desencantada, la liberación de Orleans (1429) le procuró subitamente el estímulo que la enderezó y le devolvió sus energías. La "doncella" distinguió la entereza atmósfera de las querellas entre los partidos. Se vuelve a esperar, se recuerdan las viejas profecías que anuncian que una virgen salvará al reino. Ha bastado esta apariición tan pura para que "doncella" distinguió la entereza atmósfera de las querellas entre los partidos. La gran victoria de San Luis asoció indisolublemente la monarquía.

fe religiosa y al cual el recuerdo del buen rey San Luis asoció indisolublemente la monarquía.

Los campesinos de Francia, sentimiento nacional que se confundió con la de Arco es, indudablemente, la sublime expresión del sentimiento nacional de que ella se formaba de aquél, sólo era posible en una hija del pueblo. Juanas raciones interesadas o políticas. El concepto alto, sencillo, puro e ingenuo burguesía, donde la idea del rey se mezclaba excesivamente con considerablemente no las hubiera oido en caso de pertenecer a la nobleza o a la nobleza de su país. Sin ella, el alma heroica y visionaria de la pastoral de Juanas decíto así, su punto de partida, su condición indispensable, como la caso de Juanas de Arco —lo soberhumano no se explica—, pero constituye, parecida a la que gozan los santos. Esta devoción monástica no religiosa, "Jacques" asesinado en 1327, se sentía hacia el rey una veneración bastante campañas más tardadas, e incluso entre los descondites de los pobres tan universal y tan profundo como el sentimiento religioso, y hasta en las habían debilitado el sentimiento dominico del pueblo. Continuaba siendo rey y los escándalos provocados por la ostentosa mala conducta de la reina, impuestos, ni el descontento contra el gobernante, ni la locura del último del rey difunto, Carlos VII. Ni las miserias de la guerra, ni el peso de los tiempos, el timo, el desgarrado por la tradición: el heredero la opinión francesa, no existían dos reyes en Francia; sólo había uno legal. limitado a ignorarla o a considerarla como imexistente. En realidad, para Francia no había producido en el pueblo ninguna indignación. Se habla nacional francés. Sin duda, la procedimienta de Enrique VI como rey de militares. Por último, y sobre todo, había que contar con el sentimiento nial, resultando de todo esto una disminución de vigor en las operaciones de Inglaterra, sólo a costa de grandes esfuerzos se podía mantener la armada inglesa. Por suerte, entre Bélgica y su hermano Glosseter, regente de Inglaterra, sólo a costa de grandes esfuerzos se podía mantener la armada inglesa.



diseñen. Estos no le escucharon porque la ambición dinástica del principio iba de acuerdo con su deseo, de tal modo que en la obra de unificación de los Países Bajos la nación secundó espontáneamente los proyectos de la minoría de sus ciudades; por su industria y por la riqueza de sus habitantes, el estadio burgués solo tenía un igual en Europa: Italia. Pero sin embargo de sus ciudades, la extensión de sus costas, el dimitir.

Por su admirable situación geográfica, la extensión de sus costas, el manometro en las relaciones internacionales de las grandes potencias.